



Como luego explicase el señor Ramírez



[1]

por señas y con muy buen criterio aunque con una traducción desastrosa porque la abuela — cabría precisar si bien, y aun a riesgo de inducir a error a quien llegare alguna vez a tener conocimiento de estos hechos, no va el insignificante portavoz representado en la humilde persona de este mero amanuense a desviarse del camino trazado por el verdadero escritor que encomendole mostrar¹ de qué modo, tan en apariencia inocente, se hace posible² el transmitir una realidad si no abiertamente tergiversada sí francamente desvirtuada —, ignorante tal vez de la importancia tan grande que estaba teniendo el que se comprendiese con claridad meridiana una idea tan compleja como la que expresaban las manos del abuelo, se empeñó en que la hiciera el nieto pequeño para que se fuera soltando y se equivocó, el muy cabrón, cincuenta veces por lo menos que, luego, una vez pasado todo a limpio y tomado en consideración que el exagerar es abrir de par en par las puertas a la aprensión del receptor de que lo referenciado no sea en absoluto cierto, quedaron

¹ aquí y ahora a sus congéneres y en un “luego” quién sabe cuán remoto a las generaciones venideras.

² en más ocasiones de las que sería de desear a veces y en infinitamente menos de las que pudiera apetecer otras tantas si no fuese porque la prudencia, advirtiendo siempre en guardia de que la ambición desmedida no es buena consejera, invita a soslayar los excesos.



Como luego explicase el señor Ramírez

[2]

reducidas a no más de media docena para evitar que el lector (cuando lo hubiera) cayese en el escepticismo y cerrase decepcionado el libro.

Fin

Nota:

Aquí se cierra este círculo

